

Una serie de eventos y publicaciones han puesto de nuevo a sonar la música electroacústica, un género en el cual Colombia ha sido semillero.

Música y máquinas

“La tierra está íntegramente sumergida dentro de un campo magnético (...). Dentro de ese campo magnético se encuentra el mundo de las máquinas, el mundo del compositor, del artista que se sitúa concretamente en el momento actual”. Estas frases, que bien podrían ser de la cosecha reciente de un *dj* de discoteca, las escribió en 1966 la compositora colombiana—nacida en Bélgica—Jacqueline Nova, para terciar en la polémica generada alrededor de la música hecha por medio de máquinas.

Nova continuaba su reclamo con palabras lapidarias: “Fuera de este campo se encuentra el pusilánime, el que no se decide a participar en nuestra lucha”. Una defensa vehemente de la música de concierto hecha con la

ayuda de la tecnología, que en esos momentos gozaba de gran prestigio en Colombia. La música clásica electroacústica tuvo su manifiesto a comienzos de 1968 en Bogotá, durante la llamada *Sexta serie de conciertos* con obras de compositores latinoamericanos becados, en la que participaron creadores de la talla de Nova, el argentino Luis María Serra y el guatemalteco Joaquín Orellana, con obras para cinta magnetofónica y sonidos electrónicos, y demostraron así su preferencia por los nuevos medios, los tecnológicos, por encima de los instrumentos tradicionales.

A falta de una tradición musical clásica reconocida, la música electroacústica colombiana sigue siendo la que ha tenido más reconocimiento internacional en el terreno de la llamada música culta. Nombres como los de

Luis Pulido, Catalina Peralta y Rodolfo Acosta gozan de gran respeto dentro de los círculos mundiales del sonido hecho con medios electrónicos.

CAMPO DE EXPERIMENTACIÓN

Por estos días, la música electroacústica está de nuevo en los oídos de todos, gracias a una serie de eventos y publicaciones como el volumen monográfico que dedica a Jacqueline Nova la revista *A Contratiempo*—del Centro de documentación musical del Ministerio de Cultura—; los álbumes que editaron hace poco los compositores Peralta y Pulido; los 10 años de la Asociación Colombiana de Música Electroacústica (ACME), y una serie de conciertos que, bajo el nombre de *Colón electrónico*, se vienen realizando cada mes en el Teatro Colón.

Los instrumentos electroacústicos

—grabadoras, cintas, cables de audiofrecuencia y osciladores, en el pasado, y computadores en el presente— son particulares y no obedecen necesariamente a parámetros de la música tradicional occidental. Por eso en algunas ocasiones música de este tipo no puede ser registrada en un pentagrama. Su sonido, complejo, no fácil de digerir por todos los públicos, la ha convertido en un campo de experimentación por excelencia. Desde siempre ha sido compañero perfecto del *performance*, el *happening* y otras formas de expresión estética contemporánea, como ocurrió en 1969 en la exposición *Luz-Sonido-Movimiento* que hizo el Museo de Arte Moderno y en la que participaron Nova y la pintora Julia Acuña y, más recientemente, en la exposición *Fonórides*, del músico Pedro Gómez-Egaña, en la galería Valenzuela y Klenner.

La combinación de música, luz, pintura y movimiento ha permitido que el público ajeno a la electroacústica se haya acercado un poco a esta música, a pesar de su muy escaso carácter comercial. “Yo no concuerdo con quienes dicen que el género es complejo y asusta a la gente —afirma Carlos Barreiro, director de ACME—. Todo lo contrario, siento que el público sale feliz luego de un concierto electroacústico, porque ha conocido algo nuevo, una arte de total libertad”. Varios conciertos promovidos por ACME han empezado a emplear lo que Barreiro llama “acciones teatrales instantáneas”, danzas o escenas que complementan el sonido.

Con todo y los esfuerzos que se han hecho para abrirle campo a este tipo de música en el país, jóvenes compositores como Guillermo Carbó, Alba Fernanda Triana y Harold Vásquez han tenido que hacer su carrera en el exterior, pues en Colombia no hay laboratorios de sonido especializado.



REVISTA A CONTRATEMPO

Humberto Quevedo, director del Centro de Documentación Musical, dependencia que conserva cientos de obras de compositores nacionales que nunca han sido tocadas. “Las universidades —dice— deben hacer mucho más énfasis en estos géneros, y no limitarse sólo al clasicismo y romanticismo centroeuropeos”.

En Colombia hay quienes creen en este género de música y ven en ella posibilidades para las nuevas generaciones. Así, se están llevando a cabo algunas actividades académicas para que desde las aulas se des-

pierte el interés en la música de las máquinas. Es el caso de la Universidad Nacional, que ofrece un seminario de electroacústica, y la Universidad Javeriana donde dictan un curso de tecnología del sonido. De esta manera, poco a poco la academia va reconociendo que, aunque sea en el exterior, la música clásica electroacústica colombiana tiene espacio donde sonar.

Jacqueline Nova hizo una defensa vehemente de la música de concierto hecha con la ayuda de la tecnología.

“El problema es que en la academia no ha habido un enfoque investigativo sobre esta música”, asegura Jaime

LA ELECTROACÚSTICA EN EL MUNDO

A partir de la década del 20 del siglo pasado, elementos sonoros distintos de las cuerdas y los vientos, y provenientes de lo eléctrico y lo electrónico, le dieron otra cara a la música clásica. Por esos años, el ingeniero ruso Leon Theremin creó una máquina que producía frecuencias sonoras gracias a un radio y a una antena que, al evolucionar, dio paso a un artefacto llamado “trautonio”, y a otras máquinas que empezaron a usar creadores que, como Luigi Russolo, habían adherido al movimiento dadá.

A mediados de siglo, en los estudios de la RAI italiana, se creó una máquina que producía toda clase de timbres. Fue bautizada como “generador de sonido blanco”, y era la suma de todas las frecuencias posibles. A partir de su evolución, y con el avance de la cinta magnetofónica, manipulada en su sonido por primera vez en los estudios de la RTF en París, una serie de compositores se dedicó a explorar la música electroacústica. En este campo han sido notables las obras de Luigi Nono, Karlheinz Stockhausen, Cristóbal Halffter y John Cage, y en la actualidad algunos compositores de vanguardia continúan trabajando las posibilidades que ofrece el sonido electroacústico, aprovechando los avances en la computación.